



## CAPITULO XXV

### LA NOVELA CONTEMPORÁNEA

---

Alarcón.—El Padre Coloma.

**P**OR cima del descrédito de la forma poética, del tibio razonar y los alardes de *buen sentido*, que á toda prisa van invadiendo en la presente generación el puesto ocupado antes por la efervescencia lírica, la entusiasta admiración y el idealismo en sus distintas fases; por cima de la debilitación que experimentan los grandes ideales colectivos de la fe, la patria y el amor desinteresado, y del vuelo cada vez más atrevido que toman las pasiones egoistas, y todo lo que tiende á aislar al individuo de sus semejantes, se alza victorioso é indiscutible el imperio del arte literario más en consonancia con nuestra situación social: la novela.

A impulsos del amor propio, y no sin razones de bastante solidez y peso, suele protestar la Estética de nuestros días contra la definición que reduce la novela á la oprobiosa categoría de epopeya bastardada, y la confina á los ínfimos escalones del arte literario. En vano se objeta que fué desconocida para los griegos de las edades homéricas y del siglo de Pericles, y para los romanos del tiempo de Augusto; que Helio-

doro y Longo, lo mismo que Petronio y Apuleyo, son indicadores de decadencia moral y artística. Todos van conviniendo en que la novela, como producción refinada, heterogénea y complicadísima, sólo brota y medra al calor de las civilizaciones más avanzadas y maduras, con su choque de intereses y pasiones contrapuestos, con su férvida é impetuosa corriente de hechos é ideas, y con el aparato de sus progresos científicos é industriales. Nunca como ahora ha podido vanagloriarse la humanidad de su saber y su dominio de la naturaleza; pero ¿se negará que con este universal impulso de avance coexiste otro de descenso rápido y aterrador, cuyo punto de parada es el abismo? ¿Qué indican la lucha á vida ó muerte de instituciones, partidos y clases, la confusión babilónica de sistemas y teorías, la enfermedad que aqueja á cuantos respiran el corrompido ambiente moral de las grandes poblaciones, y que, relajando la fibra del carácter, relaja también los vínculos de la familia y del Estado? ¿No es cierto que la ola negra del pesimismo ha cubierto el mundo de visiones lóbregas y espectrales, y que la trama de la vida va perdiendo los hilos de oro con que la exornaba la fantasía, y sustituyéndolos con el estambre burdo y prosaico de la realidad?

Quédese aquí la discusión á que darían margen estas preguntas, aunque cimentadas en una experiencia universal tan triste como indudable; y sin avanzar hasta el fondo obscuro de las cosas, sin señalar el misterioso lazo que une los dos extremos de la cultura y la barbarie, ni la pendiente resbaladiza por donde ruedan las sociedades desde la virilidad consumada á la decrepitud anémica, conste simplemente el hecho significativo de que, cuando la epopeya se ha hecho imposible, y el aliento lírico flaquea teniendo que pedir su apoyo á la musa débil del escepticismo, y el Teatro no acierta á seguir los derroteros gloriosos de Sófocles, Shakspeare y Calderón, ni siquiera los de Schiller y Hugo,



Zorrilla ó García Gutiérrez, el árbol de la novela se desarrolla en mil ramificaciones y rinde á diario, sin que se le agote la savia, la enorme cantidad de frutos necesaria para alimentar el espíritu de una generación.

Por lo que á España toca, bastarían las producciones de Fernán Caballero para hacer ver que la novísima evolución novelesca contaba con valiosos precedentes. Pero hubo un escritor de los que con más brío y fortuna descendieron al palenque del arte *tendencioso*, y que antes había alcanzado los tiempos de Cecilia Böhl, compartiendo con ella las simpatías de infinitos lectores; un aventurero ilustre que, como político, empezó en demagogo y concluyó en conservador, y, como literato, fué subiendo gradualmente la escala que parte del bajo fondo de la bohemia y termina en los majestuosos recintos académicos. Ese escritor, ese aventurero afortunado, se llamaba Pedro Antonio de Alarcón <sup>1</sup>.

«Yo no soy — escribía él con sinceridad y legítimo orgullo — discípulo de ningún D. Alberto Lista grande ni pequeño.» Y en realidad de verdad, Alarcón, como tantos otros genios meridionales, se lo debía todo á sí mismo: su inventiva inagotable y vivaz, su instinto de

<sup>1</sup> Vino al mundo en Guadix, á 10 de Marzo de 1833. Su familia, que era de ascendencia noble pero sin bienes de fortuna, pudo apenas soportar los gastos modestísimos que hacía el despabilado mancebo en sus estudios. Siguió primero Alarcón los de Jurisprudencia, y á poco los de Teología, pero manifestando siempre una vocación firme y exclusivista para el cultivo de las letras. A los dieciocho años de edad había emborronado ya infinitos pliegos de papel con versos y prosas de todos linajes, que más tarde había de condenar al fuego. Entonces, sin embargo, consiguió que se representaran dos dramas suyos en Guadix, paladeando en los vitores de sus paisanos las primicias de la celebridad. En unión con Torcuato Tárrego fundó *El Eco de Occidente*, periódico que redactaban los dos amigos en Guadix, y se imprimía en Cádiz. Para esta ciudad salió Alarcón de la suya natal en Enero de 1853, y, transcurridas pocas semanas se vino á la corte. No tardó en regresar á su país por haber caído soldado; pero su familia le redimió, y fué Alarcón á vivir á Granada, donde formó parte de la famosa *Cuerda*, y fundó un periódico revo-

modelar criaturas humanas, su gusto exquisito y certero, y parte de su educación intelectual nacida, por generación espontánea, de heterogéneas lecturas y del consorcio con algunos amigos más estudiosos que él. Aprendió el francés sin gramática ni diccionario, los versos de Zorrilla y Espronceda oyéndolos recitar á los cómicos de la legua que pasaban por su pueblo, y las teorías y prácticas del arte literario en las novelas de Walter Scott, Dumas (padre), Víctor Hugo, Balzac y Jorge Sand. Fué escritor antes de asomarle el bozo, y con el talento innato y la experiencia se creó una retórica de su exclusivo privilegio.

Aquí está la clave para explicar la antítesis aparente y la uniformidad efectiva de los procedimientos y fórmulas á que procuró adaptar sus producciones, y el empeño heroico, rayano de la terquedad, con que en sus confesiones ó *Historia de mis libros* tiró á dejar bien sentado cómo había sido siempre el mismo, y profesado iguales ideas, arremetiendo contra los críticos que le afeaban sus apostasías y calificaban de este modo su conversión de última hora al neocatolicismo ultramontano, ó séase á la pura y verdadera ortodoxia.

Desquitado aquel paréntesis de calentura demagó-

lucionario. Trasladado segunda vez á Madrid, dirigió otro de exaltadísimas tendencias demagógicas, *El látigo*, y hubo de batiarse á consecuencia de los escritos estampados en él, debiendo la vida á la generosidad de su rival, el poeta Heriberto García de Quevedo. Al estallar la guerra de Africa, alistóse Alarcón como voluntario y peleó en algunas de las acciones más gloriosas y empuñadas. Afiliado desde entonces á la Unión Liberal, sirvió á su partido con la pluma dirigiendo el diario *La Política*. En 1866 contrajo matrimonio, y desde entonces se inicia en su carácter una reacción que se había de reflejar en sus obras literarias. Al derrumbarse el trono de doña Isabel II defendió la candidatura de Montpensier, lo cual no le impedía, después de la Restauración, figurar entre los conservadores. Estas inconsecuencias políticas no valieron á Alarcón ninguna cartera ministerial, ni de seguro le habrían dado notoriedad, á no tenerla conquistada con sus producciones. El insigne novelista ocupaba un sillón en la Academia Española desde el año 1877, y falleció en Madrid, tras larga y penosa enfermedad, el 19 de Julio de 1891.



gica que caldeó el espíritu y la sangre juvenil de Alarcón en sus primeros escauceos de político y escritor, sus ideas religiosas y literarias cambiaron muy poco, aunque las distintas circunstancias en que aparecieron respectivamente sus libros, hicieran creer otra cosa á la generalidad. Así como en un lugar libre de las oscilaciones térmicas de la atmósfera experimenta el organismo humano diferentes sensaciones relacionadas con la alteración de su propia temperatura, y que se atribuyen erróneamente al inalterable recinto, así la opinión pública, tan reaccionaria antes de la crisis septembrina como febril y tumultuosa después, achacó al ambiente moral de las obras de Alarcón los desequilibrios bruscos que á ella la agitaban. Yo no negaré los *relativos* cambios de postura que adoptó Alarcón en las sucesivas etapas de su vida; pero en el fondo continuó siendo su personalidad idéntica á sí misma y lógica en su desenvolvimiento.

En ese fondo entraban como partes constitutivas un sedimento de fe cristiana, amalgamado con el espíritu del siglo y las ilusiones liberales, un españolismo rancio, intransigente y á toda prueba, y una sed de lo ideal, que sólo se satisfacía con la visión de vastos y luminosos horizontes, y que, naturalmente, buscaba las delicadezas morales, rebelándose ante el menor asomo de grosería y vulgaridad.

Tal se nos presenta Alarcón en las *Revistas de Madrid* y los artículos de costumbres que insertó en los periódicos madrileños al emprender su carrera de autor, y que, en número bastante reducido por la expurgación severa, forman el ramillete de *Cosas que fueron*.

El *Diario de un testigo de la guerra de Africa*, de cuya primera edición se tiraron 50.000 ejemplares, con un beneficio líquido de más de 90.000 duros para la empresa editorial de Gaspar y Roig, produjo en la Península una explosión de entusiasmo de que dan fe las 20.000 cartas recibidas y quemadas por Alarcón á

su salida de Tetuán. Semejan los apuntes del *Diario* una sinfonía sobre motivos patrióticos, ó bien un lienzo de no muy clásico dibujo, pero sí de hermoso colorido; un álbum de noticias inconexas, que en su mismo desorden y en su procedencia llevan una fianza de exactitud. Para comprender los fines y el carácter de aquella campaña no hay otro libro más á propósito que el de Alarcón, ni donde más á lo vivo estén retratados el entusiasmo y la energía del ejército español. La descripción de un asalto ó una escaramuza, alternando con la de la Nochebuena en el campamento cristiano; los episodios de costumbres moriscas; las relaciones de los principales hechos de armas, escritas con la precipitación y la viveza de quien usa indiferentemente la pluma y el arma militar; las inspiraciones pasajeras del momento clavadas en el papel; el andar suelto, marcial y desmandado del estilo, todo un conjunto de prendas características hacen del *Diario* algo así como una novela con su unidad de acción, sus variadas peripecias y su singular atractivo.

Y vamos con *El final de Norma*, que es cronológicamente el primer éxito de Alarcón, sobre todo de los novelescos. Sin más noticias del mundo que las que dan los libros y con mucho viento en la cabeza, hilvanaba Alarcón este engendro á los dieciséis años en Guadix <sup>1</sup>, y lo saturó de romancescas aventuras y vaporosos idealismos. Los amores que dan vida y movimiento á la acción, no habían de pertenecer al mundo de la prosa familiar, sino al privilegiado de los artistas, porque artistas son tanto Serafín como *La hija del cielo*, los dos remilgados héroes de esta historia. Él se enamora de ella perdidamente al oír la cantar; perseguido por el recuerdo la busca con insaciable y loca curiosidad, lanzándose por desconocidas sendas á true-

<sup>1</sup> Se publicó por vez primera en 1855.



que de encontrarla, y lo consigue por fin gracias á un *quid pro quo* de los que sabe repartir Alarcón de trecho en trecho y á manera de excitantes.

Pero la correspondencia no podía venir luego, sino después de grandes dilaciones, motivadas todas por la declaración de Brunilda á Serafín de no pertenecerse ella á sí propia, sino al misterioso personaje que la acompaña, presunto salvador de su padre que le prometió la mano de la doncella en un momento solemne y á costa de su propia vida. Para que todo resulte igualmente curioso y originalísimo, lo es hasta el lugar adonde nos traslada el novelista, que cambia los pensiles de las ciudades andaluzas por el hielo eterno de las comarcas boreales. Muévase en ellos Serafín muy á su sabor, siempre en busca del anhelado tesoro, y unas veces le pierde casi al tocarlo con las manos, otras le columbra allá á lo lejos y entre las nieblas de la esperanza, cuando por arte de encantamiento llega á descubrir que el prometido de Brunilda no es de ningún modo el valeroso Rurico de Cálix, sino el asesino que alevosamente le dió muerte, dejándole sepultado entre los témpanos, donde llega á verle Serafín. ¡Y qué de peripecias no surgen de aquí, alegres aunque costosas, para el artista soñador, y fatales para el disfrazado criminal! Llega aquél á ver á su amada en el crítico momento en que va á entregarla á su rival la bendición del sacerdote; lucha á brazo partido con las circunstancias, y como *una bomba de fuego* lanza sobre la concurrencia su espantosa declaración, que apoya después la anciana madre del verdadero Rurico.

Pero Alarcón, ya que fuese idealista, no gustaba del pesimismo tétrico, y remata *El final de Norma* con el casamiento de Serafín y Brunilda, como si dijéramos, con color de rosa que desvirtúa el mal efecto causado por el fondo obscuro de la novela. En poco la estimaba su autor si hemos de tener por sinceras las manifestaciones que hizo á este propósito en más de una

oportunidad; pero las copiosas tiradas de *El final de Norma* se han repartido y siguen repartiéndose como pan bendito, no sólo en España y América, sino también en Francia.

Aunque no suscribo á la excomunión cerrada que fulmina la señora Pardo Bazán contra el zarandeado capricho juvenil del gran novelista, estoy muy conforme con ella en posponerlo á las novelas cortas, á esos dijes primorosos que valen por una corona de brillantes.

Las condiciones ingénitas de Alarcón, su incomparable talento narrativo, la alquimia para transmutar en oro de ley la pasta arcillosa de los más desairados asuntos, y la intensidad de color y el temple elástico del estilo, hacen de las *Novelas cortas*<sup>1</sup> un museo en que hay algo deleitoso para todos los gustos, hasta los estragados. Los *Cuentos amorios* rebosan de un realismo fresco y picante, aunque no siempre castizo, contra lo que imaginaba el autor, que á la cuenta leía en sus mocedades tantos libros franceses como españoles. *La comendadora*, *El coro de ángeles*, *El clavo*, *La belleza ideal*, *El abrazo de Vergara* y *Tic... Tac...*, son hijos de una inventiva amaestrada en la ciencia del mundo, y fértil en travesuras.

En las *Historietas nacionales*, tejido de anécdotas curiosas y heroísmos anónimos, cuadro de las costumbres españolas en tiempos nada lejanos de los presentes, hay un sello de verdad humana que confirma las aseveraciones de Alarcón en la *Historia de mis libros* sobre la exactitud, tradicional ó documentada, de *El carbonero alcalde*, *El afrancesado*, *¡Viva el Papa!*, *El extranjero*, *El ángel de la guardia*, *La buenaventura*, *La corneta de llaves*, etc. De estos encantadores boce-

<sup>1</sup> *Novelas cortas de D. Pedro A. de Alarcón. Primera serie: Cuentos amorios* (Madrid, 1881); *segunda serie: Historietas nacionales* (Madrid, 1881); *tercera serie: Narraciones inverosímiles* (Madrid, 1882).



tos, en que tal vez palpita el hálito de la epopeya, á las fantasmagorías de las *Narraciones inverosímiles*, hay un abismo de distancia.

Entre las historietas, de trasnochada caballería andante unas, y otras mordicantes y picarescas, que suelen vender los ciegos en las plazas públicas, muy pocas se han hecho tan populares como la de *El corregidor y la molinera*, que, en pliego suelto y detestablemente versificada, sigue cundiendo por las aldeas grandes ó chicas, y cuyos datos fundamentales coinciden con los de *El sombrero de tres picos* <sup>1</sup>.

Al apoderarse Alarcón de la historia la ha remozado, eso sí, dando nuevo ser y vida á los personajes, y esparcido por toda la novela un torrente de sal andaluza, de bizarrías y de malignidad española á la antigua usanza, que, para evitar equivocaciones, no debiera llamarse naturalismo. Porque, restringiéndose hoy el uso y la significación de este vocablo á la escuela de Zola, nos expondríamos á establecer parentescos absurdos de supuesta consanguinidad literaria. ¡Qué discrepancia no hay entre la alegría genial, desenfadada y retozona de Alarcón, y el sensualismo tétrico, repugnante y de enfermería, distintivo de la novísima secta! ¿Qué tienen que ver el Corregidor y la *señá Frasquita* con el cura Mouret, Nana, Mad. Bovary y Germinia Lacerteux, ni aquellos *quid pro quo* tan ingeniosos con estas obscenidades sistemáticas y estos pujos de filosofía social, determinista y fisiológica? Allí el deseo de la mujer ajena aparece tímido y vergonzante, excitado por la ocasión y la hermosura: aquí es algo mucho más brutal, es el triunfo del instinto sobre la razón, triunfo completo é irresistible; es el comercio asqueroso de los pla-

<sup>1</sup> Publicóse por primera vez en la *Revista Europea*.—*El sombrero de tres picos. Historia verdadera de un suceso que anda en romances, escrito ahora tal y como pasó...* (Madrid, 1874.) Nótese que en esta fecha no se había publicado aún *L'Assommoir*.

ceres de la carne, reglamentado por una falsa civilización que reduce á cero en la suma de la felicidad las cantidades del pudor y la conciencia; allí es un efecto triste, pero pasajero, de las malas inclinaciones: aquí una enfermedad endémica y permanente que se desarrolla como un cáncer en las entrañas de la sociedad.

*El sombrero de tres picos* es de otra filiación muy distinta de la que hemos señalado á los *Cuentos amatorios*: arranca de la antigua novela picaresca, que no ha tenido, propiamente hablando, ni imitadores ni modelos en otras literaturas, como planta tan indígena y tan exclusivamente propia de nuestro suelo. A buen seguro que Alarcón, cuando se consagró á vestir con nueva forma un relato tan popular y castizo, no tuvo en cuenta para nada los fines esotéricos y demás cánones de la que, con razón ó no, llaman escuela naturalista.

Pero mientras Alarcón se entretenía con estos deliciosos juguetes, iba concluyéndose á más andar el período de la literatura pacífica, y comenzaba á reflejarse en el arte algo de las espantosas luchas sostenidas en las aulas, los Parlamentos y las calles. La novela recibió con la tremenda crisis de 1868 un bautismo de sangre, y desde entonces fué intérprete de los dos principios que dividieron á España como dividen á toda Europa: el principio católico y el racionalista. Los mismos escenógrafos de costumbres trocaron el campo neutral de sus observaciones por el reñidísimo de la controversia religiosa; y á pesar de que no le inclinaba por ahí su estrella, también descendió Alarcón á la liza con su famosa novela *El escándalo* <sup>1</sup>.

Enumerar los dicterios, sarcasmos y violencias de toda especie que cayeron sobre ella, raya en lo imposible; á tal punto de inverosimilitud llegó en esta circunstancia el fanatismo revolucionario, herido en mitad del corazón por una apología (*horribile dictu!*) de los

<sup>1</sup> Madrid, 1875.



jesuítas. Se censuraron sus tendencias como de hostiles á todo progreso y propagadoras de un misticismo malo; y en el afán de rebajar la obra hasta el suelo, se le negaron hasta sus prendas literarias, diciéndose de los personajes que eran engendros de febril y desorientada fantasía.

Pero una parte del público, no compuesta sólo de *ultramontanos*, protestaba enérgicamente contra tan injusto clamoreo, agotando las ediciones de la obra y dándole el puesto que tenazmente se le regateaba. El mérito de *El escándalo* no es de los que pasan con el día; y cuando tan rudamente se le combatió sin arrebatarle su popularidad, bien puede decirse que no conseguirá el olvido lo que no consiguió la persecución, y que ha de vivir muchos años, ya que no como monumento de nuestra literatura contemporánea, como uno de sus más sazonados y legítimos frutos.

Primeramente, el conflicto que da vida á la novela no deja de ser tal conflicto, y por cierto muy humano, interesante y de honda verdad estética, porque lo nieguen ignorantes gacetilleros, incapaces de erguirse un poco sobre el fango de las mezquinas preocupaciones sectarias, para contemplar las serenas regiones del espíritu. ¡Cosa irritante! Esos predicadores molestos de la verdad naturalista, que se escudan siempre, para defender todos los absurdos y aberraciones, con el pretexto único de que existen, no quieren reconocer que también existen las cimas luminosas de la conciencia y el mundo interior del alma, con sus aspiraciones infinitas, su energía oculta y su aptitud para el sacrificio. Tanta y más realidad tienen Fabián Conde, Lázaro y el P. Manrique, que los héroes y heroínas de lupanares ó tabernas tan prolijamente descritos por la enferma novela parisiense; fuera de que siempre hay más belleza allí donde el bien, después de prolongada lucha, concluye por triunfar del mal, que allí donde está anulado todo poder de resistencia, y el vicio toma as-

pecto de estado patológico y neurosis hereditaria. ¿Hemos de resignarnos á creer que ya ningún joven extraviado puede volver á la fe y á la virtud, ni aun por el seguro y áspero camino de la desgracia, ó que levantar los ojos al cielo en busca de perdón y lenitivo es tontería excusada y de corazones raquíuticos, sueño de los que no se atreven con el revólver suicida?

Para los que no tengan tan muertas las esperanzas, ¿no es tierno y conmovedor el relato que hace Fabián de sus desventuras y tristezas, y la sublime resignación de Lázaro, y las confortantes palabras del jesuíta? ¿No es este drama íntimo, más bien que un hecho aislado, un símbolo donde otros análogos se representan? ¿No es ésta, aun á los ojos del más impenitente incrédulo, una, cuando menos, de las soluciones que pueden darse al problema más transcendental de todos los problemas? Los personajes de *El escándalo* andan muy lejos de ser cadáveres momificados ó figuras de estuco; hierva en su pecho la lava de las pasiones, ven desatarse, contra su propósito, el viento de la maledicencia pública, aunque todo lo arrostran con la vista fija en el cielo. Mudanzas de fortuna y de pensamientos como las de Fabián, se presencian á diario; heroísmos como el de Lázaro son mucho menos comunes; pero no sólo caben dentro de los límites de la posibilidad, sino que realmente existen para honra eterna del corazón humano. Y hoy que se exhiben con lujo de circunstancias todos los refinamientos del crimen, y que una escuela de novelistas se dedica á estudiar prolijamente la parte de *bestia* que hay en el hombre, ¿no será permitido recrear el ánimo con la contemplación de las grandezas encerradas en la energía de la voluntad cuando Dios la ayuda y la sostiene?

Tan de rigurosa estética son los elementos componentes de *El escándalo*, que sólo el positivismo burdo y alcornoqueño puede tacharles por de mojigatería afeminada y convencional, siendo así que representan



los más generosos y espontáneos instintos, y las más sublimes aspiraciones. Yo confieso que hay allí amagos de sensiblería, y cierta atmósfera de idealismo que ahoga y bastardea los impulsos naturales de la pasión, que los caracteres no ostentan verdadera energía, ni están formados de una sola pieza; pero estos accidentes tocan más á la persona del novelista que á las condiciones del asunto elegido, y, aun exagerándolos, no justifican las intemperancias de que á aquél se hizo objeto <sup>1</sup>.

Más endeble que *El escándalo* es la obra posterior,

<sup>1</sup> No sin desagradable sorpresa he visto en el largo y precioso estudio que ha consagrado á Alarcón la autora del *Nuevo Teatro Crítico* (números de Septiembre, Octubre y Noviembre de 1891), y á vuelta de agudas observaciones realzadas por la brillante orfebrería del estilo, ciertas especies sin defensa posible, y ciertos ataques que tampoco la tienen, cuando menos en lo que se refiere á *El escándalo*. Así se ve la señora Pardo Bazán de que nadie antes de ella hubiese reparado en que la solución dada por Lázaro, y confirmada por el P. Manrique, al problema de si Fabián Conde podía ó no rehabilitar la fama de su difunto padre y heredar su nombre y sus bienes, no es solución inspirada en la moral católica, sino en la de Jansenio ó Krause. El caso moral de que se trata puede resumirse en estos términos: El General Fernández de Lara, encargado de defender una plaza fuerte durante la primera guerra civil, mantuvo relaciones ilícitas con la mujer del jefe político de la misma ciudad; y éste, en venganza, se vale de tales industrias que el General muere á manos de los carlistas, y queda infamado injustamente como traidor á la patria. El cómplice del jefe político refiere, andando el tiempo, á Fabián Conde la verdadera historia del General, y le propone un medio de volver por la honra del difunto, empleando á ese fin pruebas y documentos falsos. — ¿Puede servirse de ellos Fabián en interés propio y para cumplir con las exigencias de la piedad filial? — Lázaro y el P. Manrique resuelven que no, y otro tanto hubiera hecho cualquier teólogo medianamente instruido. La señora Pardo Bazán no se fija en que el argumento Aquiles de Lázaro para defender su sentencia es la prohibición divina de buscar el bien por el camino del mal, de cumplir el precepto que manda *Honrar padre y madre* por la infracción del que prohíbe *levantar falsos testimonios y mentir*. No me parece tan seguro ni tan conforme con la verdad teológica aquello de que *la traición no tiene tamaño, y que tan traidor es el que vende á un hombre como el que vende un ejército, el que entrega una casa como el que entrega una ciudad*. Todas las palabras de Lázaro y todos los dictámenes del P. Manrique se prestan, sin embargo, á una interpretación natural y en nada disconforme de las leyes preceptivas ó simplemente monitorias del Evangelio.

que el celebrado novelista rotuló *El niño de la bola*, con inciertos fines artísticos y religiosos. Consideráronla algunos como réplica dada por el autor á los que le llamaban *neo* desde la publicación de *El escándalo*; otros la pusieron sobre las nubes sin hacer una confesión tan explícita; pero la opinión general vió allí defectos gravísimos, horrores de melodrama, inconsecuencias caprichosas y vacilaciones de principiante. La figura de Manuel Venegas, el Hércules que hace de protagonista, y más aún la de Soledad, amante suya, que llega á solicitarla después de pertenecer á otro hombre y que muere en brazos de Venegas no se sabe cómo; toda la trama de la obra, compuesta de increíbles atrocidades, la colocan á gran desnivel respecto de la precedente, pese á algunas situaciones felices, á algún carácter bien sostenido entre los secundarios y á lo que se contiene en la *Historia de mis libros* sobre la locura inicial del protagonista.

Para demostrar una vez más la variedad de sus aptitudes se entró Alarcón por el género de costumbres sin intenciones docentes, á lo menos visibles, y también sin propósitos transcendentales. En *La Pródiga* predomina, por el contrario, un tono de uniforme templanza; no las ínfulas magistrales, ni tampoco las desnudeces del naturalismo al uso. Y eso que también se trata aquí de las miserias que un día y otro, y con diversidad de pormenores, nos refieren los naturalistas más conspicuos; pero en *La Pródiga* va acompañada la culpa del castigo, y el mal no ofrece aspecto fatalista y desconsolador. Presidió á *La Pródiga* el desenfrenado vagar de la fantasía forjando un mundo distinto del en que nos movemos: Julia, la heroína, está vaciada en el molde byroniano, y entra en la galería de las mártires del amor, cuyos pecados se originan de emplear mal los tesoros de la sensibilidad apasionada y la imaginación inquieta. Es una mujer de historia que se ha sacrificado á sus adoradores y muer-